

CARLOS FORTIN GAJARDO

EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LA FILOSOFIA EXISTENCIALISTA

SINTESIS DE DOS CONFERENCIAS DADAS EN LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

PODRÍA AFIRMARSE con toda propiedad que el existencialismo no es otra cosa que un nombre nuevo para expresar ideas viejas.

Por ello, Emanuel Mounier nos recuerda que esta filosofía de crisis es toda una ancha corriente alimentada por Sócrates, por el estoicismo y el agustinismo. Mejor dicho, sería un árbol cuyas raíces están formadas por las mencionadas corrientes.

Sin embargo, tal afirmación, pese a su indiscutible valencia, es todavía incompleta. Tal vez con las excepciones platónica y metafísica parmenideana, toda otra disciplina espiritual resulta más o menos existencialista.

Se ha definido la existencia "como el acto de existir"; de vivir con amplia conciencia de la propia responsabilidad, de la libertad personal y de las contingencias. Es, pues, la filosofía del hombre concreto.

Podría decirse que existencia se confunde con un "estar en el mundo". Pero tal estancia no puede ser pasiva, sino por el contrario, dinámica e interesada.

Existir es preocupación, esperanza, inquietud, angustia, reminiscencia.

El ser humano es un complejo de insatisfacciones. El hombre goza, sufre, luego apura el placer; sin embargo, pronto sobreviene el hastío. ¿Qué indica esto?

Que en el fondo de su espíritu y de su ser, el hombre no persigue sólo una aspiración material. Lo material le produce el hastío, la náusea. Aspira a algo superior.

Para acentuar la dimensión de la existencia, se ha dicho que Dios sólo es posible mediante ella; toda vez que para abrigar fe en algo superior o suprahumano, es necesario que nosotros tengamos existencia.

Recordemos que en un principio la filosofía griega fue física. La mayoría de sus pensadores había estudiado la filosofía de la materia y sus investigaciones se asentaban fundamentalmente en las cosas externas, en las leyes del mundo material.

Tales de Mileto, abstraído por la observación de algún fenómeno celeste, cae en un pozo y su criada se burla de él, porque quiere saber las cosas del cielo y no ve lo que hay debajo de sus pies.

Cierto día se preguntó a Pitágoras por qué razón vivía y el célebre filósofo respondió: "para considerar el cielo y las estrellas".

Anaxágoras, acusado de no velar por su mujer y sus hijos ni por su patria, señala con la mano hacia el cielo y exclama: "¡allí está mi patria!"

Para Sócrates existía un tema también importante, sin desconocer la trascendencia del estudio del cosmos. Y ese tema no era otro que el espíritu del hombre, desnudado por la mayéutica.

Aristipo de Cirene, fundador de la escuela llamada Cirenaica, señala en el siglo IV, antes de Jesucristo, el sendero para encontrar la libertad, que más tarde constituiría el motivo central del existencialismo.

¿Cómo encontrar la libertad? Para ello, según Aristipo, debemos pensar únicamente en el presente, sin recordar con melancolía la ausencia, privación o pérdida de seres o cosas amadas. El valor consiste en libertarse de la añoranza y del deseo.

El bien, es el placer que gozamos en el instante presente, liberado de toda preocupación respecto del porvenir.

Para Sócrates, la finalidad de la vida era alcanzar la felicidad por medio de la razón. Aristipo, su discípulo infiel, creía, por el contrario, que tal fin está condenado irremisiblemente a escapar aun a los más razonables, si se considera que el hombre lleva consigo la amenaza permanente de males necesarios y naturales entre ellos, la muerte.

Desprendía de tal planteo que ir en busca de la felicidad es, lisa y llanamente, aspirar a un fin incierto.

Además, para buscar la felicidad, debemos pensar sin reposo en el mañana, lo cual nos convierte en esclavos del tiempo que aún no ha llegado. ¿Puede a esto llamarse felicidad?

La preocupación angustiada del porvenir transforma la vida en un deseo infinito de bien que no existe aún. El deseo se convierte así en esclavitud.

Pregunta entonces Aristipo, cuál será la vía más expedita para hallar la libertad anhelada. Y responde que ella no es otra que una concepción existencial del presente, sin añoranzas del pasado ni deseos de porvenir. Gocemos del placer actual sin buscar desesperadamente el acceso a una hipotética felicidad.

El pasado es irremediable y el mayor dolor de la voluntad es no poder torcerlo. Es el dolor de la ucronía que desgarrar el alma.

Por ello, Aristipo oponía su tesis existencial a la doctrina antípoda —y por paradoja también existencial— del austero Antístenes. Mientras aquél conceptuaba el dolor como un mal perturbador en nuestra misión vital, éste creía que tanto el dolor como el esfuerzo penoso, la actividad que lucha contra los obstáculos, configuran la más grande de las virtudes y señalan el camino de la felicidad.



Para el existencialismo moderno, la libertad es algo indispensable al hombre. Libertad de elegir cualquier cosa, que se traduce en este apotegma: "Sé tu propio consejero; haz lo que te plazca, pero hazlo de corazón."

Cuando el existencialismo dice "hay que vivir sin esperanzas, pero con libertad; esto es, sin la añoranza ni la preocupación acerca del porvenir", está reproduciendo la tesis libertaria de la escuela cirenaica griega.

Y cabría agregar esta invitación tan elocuente: Si la verdad es inaccesible ¿por qué no aprovechar, a lo menos, lo que parece verdad y está a nuestro alcance?

He aquí otro nexo elocuente entre la escuela cirenaica y el moderno existencialismo.

En nuestra era, el existencialismo, filosóficamente hablando, nace con San Agustín, el más ilustre de los padres de la Iglesia.

San Agustín pone de relieve la responsabilidad que incumbe al individuo el haber llegado a ser lo que es. Por eso, ya en el año 354 de nuestra era, afirmaba que la verdad habita en el interior del hombre y que ella no se extiende hacia el exterior.

Existencialismo en filosofía quiere decir "el todo de la existencia humana en el sentido más concreto e inmediato de la palabra; esto es, la existencia tomada con todas las ayudas y todos los obstáculos que el hombre puede hallar en sí mismo, en su propio cuerpo, en los objetos del mundo exterior, en fin, en los demás hombres".

Según esta teoría filosófica, la existencia es antes que la esencia, la realidad antes que el pensamiento y la voluntad antes que la inteligencia.

San Agustín decía: "Necesito llevar una plena existencia humana por la cual esté unido a lo divino. Aprender a conocerse a sí mismo antes que conocer otra cosa que no sea el hombre. Después de encontrarse consigo mismo, se hallará a Dios."



En términos filosóficos tradicionales, todo objeto posee una esencia y una existencia. La esencia es el conjunto constante de propiedades; la existencia es la efectiva presencia en el mundo.

La existencia es la manifestación actual de la vida del individuo en cuanto a ser consciente y responsable, en relación con el medio que lo circunda y hasta con sus más lejanas posibilidades.

Por ello, el existencialismo filosófico representa una protesta contra la indiferencia hacia la individualidad contingente y libre que sustentan, tanto el intelectualismo como el empirismo determinista.

Como se sabe, el intelectualismo afirma la preeminencia del entendimiento sobre la sensibilidad y la voluntad, al paso que el empirismo determinista basa todo conocimiento humano en la experiencia y en que los actos obedecen a la influencia de motivos irresistibles.

El existencialismo analiza y describe el libre albedrío, la muerte, el sufrimiento, la culpabilidad, la memoria y el tiempo, y como resultado de este análisis reacciona contra la filosofía especulativa.

"Lo fundamental de la actitud existencial es la exigencia de que la persona piense existencialmente, es decir, se incluya a sí misma en su pensamiento en vez de hacer de éste algo externo al ser humano, algo cuya misión sería puramente la de reflejar en forma objetiva las cosas". En otras palabras, el existencialismo se niega a reducir al hombre a una entidad cualquiera.

Para Emanuel Mounier, la temática existencial gira alrededor de los siguientes problemas:

"El ser humano no es un ser necesario; cada uno de nosotros podría no existir. El hombre está ahí, sencillamente, sin razón alguna. Está de más, a juicio de los existencialistas ateos.

"La razón no le es suficiente al hombre para esclarecer su destino; le es necesario, además, conducirse conforme a su alma profunda.

"El existencialismo no es una filosofía de la quietud; invita al hombre a forjar su vida al través del esfuerzo, sobrepasando, trascendiendo a cada instante su estado actual.

"El hombre está siempre expuesto a perderse, a destruirse en cuanto a ser humano, porque no existe como tal, sino por su esfuerzo. De allí proviene el sentimiento de la angustia.

"Existe una tendencia a disimularnos la verdad primordial que nuestra vida va a la muerte. Es preciso reaccionar contra esta inclinación.

"Todo ser humano tiene la tendencia a sentirse solo e impenetrable frente a los demás."

Después de insistir en que el hombre es el ser de la nada, el existencialismo proclama que no debemos vivir al día ni en la despreocupación de nuestro destino. Por el contrario, la misión del hombre, su imperativo categórico le señala como meta el logro de una vida verdaderamente personal y consciente.

El hombre es libertad: para realizar su vida debe optar, elegir y comprometerse frente a su propio destino y al de los demás. La vida plantea al hombre dificultades que éste tiene fatalmente que resolver; entre ellas, la realidad de no existir solo; existen otros seres con los cuales debe vivir.

Por ello nos dirá Sartre que la cima del sufrimiento para el hombre no está en el dolor físico, sino en la compañía de los demás hombres. "El infierno son los demás... el verdugo es cada uno de nosotros para los demás. La mirada de nuestros semejantes es un desagrado continuo. Por su causa, estoy como desposeído de mí mismo. Soy visto transparente, traspasado.

"No estoy libre para hacer lo que deseo, porque estoy siendo juzgado sin cesar. Nos es imposible abstraernos de los demás, vivir como si no existieran. Sin embargo, existe el absurdo de nuestro ser: odiamos a los demás, pero no nos es posible vivir sin ellos; los necesitamos para poder tener una conciencia de nosotros mismos.

"Si yo existiera solo, sería un fantasma sin personalidad, una materia blanda y movediza, no sabría quién soy. El otro es el mediador entre yo y yo mismo. Uno solo puede encontrarse al través del odio de otro; puede que también al través del amor."

De este modo, el hombre debe actuar, atreverse, arriesgar su vida bajo la mirada inevitable de los demás.

Se ha denominado al existencialismo una insurrección filosófica y una locura metafísica. Se le acusa de no ser un sistema coherente. Pero a ello, los existencialistas responden, "tampoco la vida es coherente".

De allí que encontremos contradicciones y puntos de vista dispares entre los sostenedores de las diversas corrientes. Sin embargo, en sus postulados básicos, no hallaremos diferencias substanciales.

Según Alceu de Amoroso Lima, el espíritu de confusión de nuestra época produce lógicamente una filosofía de lo absurdo. Sentimos que hoy las cosas han perdido su estabilidad, sus límites y sus caracteres específicos. La espera y la inquietud son el rasgo de nuestro tiempo. No sabemos exactamente qué, pero esperamos. Esperamos por algo impreciso. No esperamos nada de la vida, sino la vida misma y esto nos conduce al culto de la vida. Cuando más precaria se nos muestra, cuando menos puede ofrecernos, más la amamos.

El hombre ha sido lanzado en la vida sin saber de dónde viene ni a qué fin va. El sentimiento que lo oprime es, por consiguiente, la angustia, la desesperación y la náusea.

¿Qué actitud existencial cabe frente al dramático problema? La filosofía de la acción. Si la muerte es inevitable, olvidémosla. La ausencia no existe. La existencia se confunde virtualmente con la presencia.

Tales conceptos habían sido ya expresados por Aristipo, cuando afirmaba, como lo repite hoy el existencialismo, que no hay que sentir nunca la nostalgia del pasado o la impaciencia del porvenir.

Las filosofías racionalistas estaban fundadas en la compatibilidad del hombre con el Universo. Kierkegaard rompe con esa tradición al afirmar que lo existente se caracteriza por la desesperación y la angustia; por lo tanto, con una profunda incompatibilidad con el Universo creado.

De allí que proclame contra el sistema, la distinción, la separación, el abismo. Contra la razón, la existencia. Contra la continuidad, la ruptura. Contra la tranquilidad, la desazón, la angustia. Contra la filosofía especulativa, la filosofía existencial.

Para Jaspers nuestra existencia es libertad, libre ímpetu. La existencia es una conquista perpetua. El hombre debe estar en ímpetu. La libertad no surge de la nada, "sino de la comunicación con un ser que siento próximo a mí cuando deseo vivir mi libertad, aunque no pueda nunca alcanzarlo en sí mismo, porque este Dios es esencialmente lo trascendente, la realidad absoluta que está más allá de toda determinación, más allá de todo concepto, más allá de todo lo que puedo conocer, y del cual no se qué decir, sino que es".

Al analizar al hombre como existente, nos dice Jaspers que el individuo

no se encuentra desde el primer momento como ser racional, sino que, por así decirlo, se vuelve racional desde la existencia concreta que le es dada. Es de su propia libertad, y por por sí mismo, que se pone en el camino de la razón.

Vemos que la temática central del existencialismo es la libertad y que de ella deriva el sentimiento de la angustia. Y la angustia se hace más aguda cuanto mayor es el poder del intelecto. Quien aumenta su conocimiento aumenta su dolor.

La vida contemplativa y la menor ansiedad vital de los siglos anteriores a la revolución industrial, suministraban al ser una menor dosis de angustia.

La máquina ha ido desplazando al hombre y ya no se puede decir con Aristóteles que la herramienta es un esclavo sin vida y el esclavo una herramienta con vida. Habría que modificarlo ahora en el sentido que el hombre es un esclavo de la máquina.

La industrialización acelerada, la sobrepoblación y los inventos increíbles de esta hora, han dado paso a este otro tipo de filosofía existencial, que es el marxismo. Según éste, el motor de la historia es la lucha de clases.

A la concepción de Spengler del Universo como historia a través de las culturas, que nacen, crecen, se desarrollan y mueren, se opone el mundo con la conducción del hombre concreto, de carne y hueso, el Universo como naturaleza.

Por eso, tanto el marxismo como el existencialismo ateo son antípodas de la metafísica.

La concepción metafísica prefiere la inmovilidad al movimiento; la concepción dialéctica se basa en el eterno cambio de las cosas, en la evolución de todo.

Para Spengler, el hombre es sólo un objeto de la historia; el sujeto es la cultura que sigue su proceso de nacimiento, crecimiento, desarrollo y muerte. El hombre, en consecuencia, no sería el centro, el microcosmo.

La filosofía de la existencia reacciona frente a tal abstracción y señala al hombre como microcosmo. Y este microcosmos está comprometido. Debe elegir entre la libertad y la esclavitud.

Por eso dirá Vicente Fatone: "No hay nada que hacer para ser esclavo. Para ser libre hay que hacerlo todo. La libertad es el origen de todos los males, por eso la tenemos; pero es también la única capaz de darnos todos los bienes y por eso la amamos."

Hemos visto que, recogiendo el legado de los griegos, el danés Kierkegaard hace aflorar el existencialismo moderno. Reproduce en estas doctrinas lo medular de la teología protestante, esto es, "el cristiano se salva y se realiza por la fe. La fe, es pues, el ser". Esta fe nos permite aceptar todo aquello que Dios enseña, incluyendo en ello el absurdo.

Sin embargo, señala que nadie puede poseer la fe sin mediar la angustia, porque el hombre que siempre está libre no puede premunirse contra la angustia.

Pero será preciso no confundir el sentimiento de la angustia con el miedo. El miedo, generalmente, se refiere a un fenómeno determinado, conocido o, por lo menos, intuido. La angustia, en cambio, es siempre una posibilidad suspensa. El hombre se angustia por causas diversas y complejas, entre ellas, porque vive y se ve vivir.

Para usar una definición orteguiana, la circunstancia es lo que rodea o circunda al hombre; el otro término de la dinámica, coexistencia en que consiste la vida.

Hay algo insondable e irreconciliable entre lo finito y lo infinito y de allí arranca la angustia.

"Una angustia vital —dice Jaspers— tal vez como nunca se haya conocido es la siniestra compañera del hombre moderno. Teme por su propia existencia vital que, amenazada de continuo es hoy, con más intensidad que nunca, objeto principal de atención y teme con miedo de índole enteramente distinta por su ser mismo, a cuya altura no se eleva. Frente a esta encrucijada el hombre siente la necesidad de libertad o de un asidero objetivo. La existencia sólo parece ser angustia."

Veamos ahora la significación de esta temática angustial para el existencialismo ateo:

Para Heidegger, los sentimientos nos dan a conocer la esencia del mundo: inquietud, preocupación, angustia, familiaridad, fastidio, soledad, extrañeza, son sentimientos señeros para comprender el mundo y su complejidad.

Para Heidegger Dios no existe. Nada existe fuera del hombre y éste no puede tener conciencia de su existencia sino en la preocupación y en la angustia que le ponen en el plano de la nada, sobre el cual se destaca su propio ser.

El hombre, porque es libre, está condenado a elegir un destino que lo conducirá a la nada. "Somos seres para la muerte". Este "poder perder la vida", es la angustia, según Heidegger. El porvenir es, en consecuencia, un pesimismo.

Como epígono de Heidegger, Sartre sostiene que el hombre debe crearse su propia esencia. El hombre puede transformarse porque tiene la puerta abierta a la libertad.

Existir es negar, según Sartre. El hombre existe porque niega; niega el ser y hace que haya un mundo; se niega a sí mismo. El hombre es el gran negador y su negatividad es el poder de ir más allá de todo lo dado.

El existencialismo sartreano se coloca en tajante y antagónica posición a la axiología filosófica tradicional que, por lo general, reconoce a la realidad tres valores: verdad, belleza y bondad.

Según esto, lo real es verdadero, lo cual significa que es comprensible a nuestra inteligencia; esto es, que podemos encontrar una razón de vivir en la esperanza de lograrlo cada día un poco mejor.

Es bello, lo que significa que cada objeto tiene algo en él de calidad superior que tiende a elevarnos. Es bueno, porque se nos entrega generosamente para proporcionarnos felicidad, al punto que podemos contar con él para vivir.

Lo absurdo es la negación de la verdad; la náusea, la negación de la belleza y la angustia, la negación de la bondad.

En consecuencia, la filosofía de la negación se opone a la filosofía clásica de la afirmación de los valores.

La filosofía, de la negación, prohijada por Sartre, es para él, sin embargo, un vehículo progresista, pues permite al hombre ir más allá de todo lo dado, esto es, de todo lo que puede confrontar e imaginar un individuo.

Sin embargo, todo aquello que pueda confrontar o imaginar el individuo tiene como meta la nada y la absurdidad.

“El mundo es absurdo y sólo Dios podría darle sentido. Pero Dios no existe, no quedándonos más que aceptar la vida en su absurdidad.”

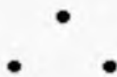
La vida humana es inconsistente, para Sartre. Por ello, cuando el hombre se detiene a considerar las circunstancias que lo rodean siente su ser apriisionado por los tentáculos de la náusea y de la angustia. Incapaz de explicar la existencia de lo real, la realidad le parece absurda.

Sin embargo, en medio de esta absurdidad, el hombre tiene una misión ineludible y ella es la defensa de su libertad.

Se dirá que la filosofía de Sartre es pesimista, pero él pone especial acento para afirmar lo contrario.

"Mi filosofía no es un pesimismo, porque la descripción de la sociedad no es exageradamente obscurecida al punto de que sea una falsedad. Cada vez que se nos muestra un acto cruel, repugnante o despiadado, decimos que es humano."

Para Sartre, el hombre es el porvenir del hombre y, por lo tanto, el existencialismo que proclama, no es una filosofía quieta. Ni es tampoco una descripción pesimista del hombre. No existe doctrina más optimista, según Sartre, puesto que el destino del hombre está en sí mismo. Ni es, por otra parte, una tentativa para descorazonarlo frente a la acción, puesto que le dice que sólo hay esperanza en su acción, que la única cosa que le permite vivir al hombre es el acto.



Puede decirse que las diversas expresiones filosóficas aparecen en el curso como la manifestación de un eterno retorno. Una especie de metempsicosis imbricada en el correr de los años frente a los problemas complejos de la humanidad.

De allí que la derrota de Atenas marque el comienzo del auge de las filosofías escéptica, estoica y epicúrea; esto es, de las expresiones destinadas a la duda y a la suspensión del juicio; del desprecio por todo aquello que no sea esfuerzo, sacrificio y renunciación y, por otra parte, del deseo de apurar la vida sin preocupaciones por el mañana.

El escepticismo se reproduce con la filosofía pesimista de Schopenhauer y en nuestro siglo, con las crisis de 1914 y de 1939.

El hombre, en estos períodos de crisis acepta apáticamente la derrota o realiza un esfuerzo para olvidarla en brazos del placer. Finalmente puede optar por dudar de todo, por la suspensión del juicio.

De allí que Sartre, representante indiscutido de la crisis y el caos de la Segunda Guerra Mundial, nos diga:

"Si el hombre es libre, Dios está de más y si Dios existe, el hombre no es libre". Ante el dilema, Sartre opta por el hombre libre.

Repitiendo la concepción del sofista Protágoras, sostiene el existencialismo que el hombre es la medida de todas las cosas: de las que son en cuanto son y de las que no son, en cuanto no son.

Pero esta adscripción a la individualidad que, inclusive, rebasaría los límites del egotismo, nos conduce al hombre tan extremadamente libre, al cual

tendríamos que concebir desprendido de ligaduras atávicas, sociales e históricas y de tradiciones biológicas.

Propugnaría el existencialismo, en consecuencia, una filosofía para cada hombre, ya que cada hombre es diferente.

En Sartre, el ser para sí es la existencia que se hace a sí misma, que se fija su propia libertad y con ello, el fundamento de su propio existir.

Dentro de su "ser para sí", se halla el ser para el otro.

En cambio, el "ser en sí", es no existencial, pura realidad dada y mera cosa.

Tenemos que para Sartre lo real es el ser para sí. Mas este ser no podría hacerse a sí mismo si de algún modo no partiera de la nada, que no es la mera negación del ente.

La nada sería pues, "el elemento dentro del cual flota, braceando por sostenerse, la existencia. La nada es descubierta por un fenómeno de índole existencial: la angustia". Luego, la nada es la posibilidad de toda creación.

Tal afirmación nos recuerda la concepción aristotélica de materia y forma; potencia y acto.



Aristipo el joven, filósofo griego, nieto de Aristipo de Cirene, afirmaba que el placer del reposo es negativo; en cambio, el placer derivado de la acción es el bien más elevado que puede alcanzar el hombre.

Vemos que para Sartre el hombre es el porvenir del hombre y, por lo tanto, el existencialismo no es una filosofía quieta. Ella define al hombre a través de su acción.

He aquí un nuevo paralelismo entre la doctrina cirenaica y el moderno existencialismo del cual Sartre es uno de los más poderosos exponentes.

La existencia real de un individuo se caracteriza fundamentalmente para Aristóteles, en su actividad. Para él, ser es obrar y obrar es existir.

Todo ser existente se demuestra o se descubre por las acciones que le son características o peculiares. Y este ser existente se descubre a sí mismo por la conciencia de su acción.

De ello, deduce Aristóteles que, lógicamente, la actividad constituye el fondo de la existencia.

Por su parte, los estoicos concibieron al individuo como poseedor de una libertad interior resumida en esfuerzo, voluntad de lucha y trabajo, independientes de poderes exteriores.

“La libertad verdadera no consiste en consentir el destino, sino al contrario, en no consentirlo y modificarlo”.

Vemos que muchos siglos después, William James afirmará que el Universo tiene un plan general, pero la recta ejecución de ese plan queda a nuestro cargo. Para el filósofo del pragmatismo, nuestro mundo inconcluso nos ofrece un destino incierto, pero a la vez lleno de grandes valores, que depende de nosotros. La vida es, pues, una aventura y un riesgo.



Sartre sostiene que su existencialismo es un humanismo, como respuesta a las críticas según las cuales tal filosofía siembra la desesperanza en el hombre y lo conduce a un camino sin salida.

Habría que acotar que los sofistas del siglo V antes de Jesucristo dejaron a un lado las especulaciones cosmológicas para preocuparse del hombre, considerado por ellos, la medida de todas las cosas.

A los sofistas de aquel siglo de oro de la Grecia les preocupaba la inquietud y la felicidad del individuo humano o antropos.

Esta misma preocupación aparece en Sartre, de acuerdo con su defensa del existencialismo como humanismo. Porque humanismo significa descubrimiento del hombre en cuanto a hombre y, por consiguiente, la reafirmación de todo lo humano, tanto en el sentido del individualismo como en el sentido de la humanidad.

Los sofistas volvieron los ojos hacia el hombre y hacia sus problemas.

Hemos visto que la filosofía pre-socrática no era una investigación acerca del hombre sino acerca de la naturaleza exterior. El hombre era sólo “uno de los tantos fenómenos del Cosmos.”

Michele Federico Sciacca afirma que el mérito relevante de la sofística es haber llamado la atención sobre el hombre, sobre su actividad.

¿Para qué estoy yo en el mundo? Todo hombre, al menos una vez en la vida se ha formulado esta pregunta y, bien o mal, explícita o implícitamente ha creído darle respuesta.

El existencialismo trata de buscar este significado de la vida.

El hombre, como personaje central del drama humano, es, naturalmente, objeto de las preocupaciones teológica, científica y metafísica.

Las largas disquisiciones de la filosofía han sistematizado la existencia del hombre atribuyéndole diversos “yo”.

Es así como el psicoanálisis freudiano nos hace distinguir varios campos de la vida psíquica. La clasificación de Freud denomina "ello" a la parte oscura e inaccesible de nuestra personalidad, a la vida instintiva; "yo", a la parte organizada y "super yo" a aquella que corresponde aproximadamente a la conciencia de cada individuo.

Pero es indudable que el "yo angustial", el yo de la angustia, aparece en momentos decisivos de la vida del hombre cuando éste se enfrenta a lo desconocido. Cuando la desesperación invade el ser, surge el yo angustial, cuya tarea parece consistir en iluminar el cuadro sombrío con la esperanza.

La acción del yo angustial llega siempre en un punto de la vida del hombre, ya sea frente a la catástrofe, a la derrota o a la proximidad de la muerte. Se manifiesta, por paradoja, como desesperada protesta y resignación a la vez; como angustia infinita, y, al propio tiempo, alivio anímico frente a un inminente encuentro futuro.

"No hay armisticio para la madre amputada de su hijo ni para el hombre que entierra a su hermano", dice Camus.

La respuesta es: "Sí, lo hay." Y ese armisticio lo entrega el "yo angustial". Podrán negarse los yo, los ello, los no-yo; pero este angustial es la realidad viva y quemante. Es la segregación incorpórea que automáticamente baña el espíritu cuando el yo vital flaquea y quiere sucumbir, agobiado por la angustia suprema.

Kierkegaard estaría interpretando ajustadamente el yo angustial cuando escribe: "Quien ha aprendido a tener angustia puede empezar el baile cuando empiecen a sonar las angustias de la finitud. El hipocondríaco siente angustias mortales por cualquier pequeñez, pero cuando llega lo importante, respira. ¿Por qué razón? Porque la realidad importante no es tan terrible como la posibilidad que él mismo crea y en cuya producción consume precisamente sus fuerzas, mientras que puede conservarlas todas contra la realidad."



Hemos dicho que esta corriente filosófica es la del hombre concreto. Tal adscripción a la existencia, al valor individual queda evidenciada en este pensamiento de Berdiaef: "Si somos capaces de modificar el mundo, el mundo depende de nosotros y no nosotros de él. Una persona no puede ser substituida por ninguna otra, porque nadie puede sufrir ni amar por nadie."

Un muerto no es alguien que ya no existe, sino alguien para quien el mundo ya no existe. El universo parte de mí mismo."

Esta teoría existencial va, inclusive, más allá del solipsismo, que a su vez representa una forma extremada del idealismo: "No conozco el mundo exterior, sino por las modificaciones que produce en mí, por medio de mis sentidos. No conozco más que el yo y mis propias modificaciones, y la dificultad de probar ninguna otra existencia. Nosotros atribuimos la existencia a las cosas, pero las cosas no existen sin nosotros."

Sostiene Albert Camus que el hombre es portador de una enorme energía. Ella le permite afrontar el problema que está condenado a soportar. De este modo, el dolor adquiere los caracteres de una disciplina de la realidad, sostiene su espíritu y lo enriquece permanentemente con la experiencia.

El mito de Sísifo simboliza la dramática y a la vez esperanzada faena del hombre en su fugaz paso por la vida.

Cuando gracias a su esfuerzo titánico para empujar la roca logra alcanzar la cumbre, cree haber logrado su destino y su libertad. Pero luego, la angustia le señala el recommienzo de la agobiadora tarea y con él, una nueva esperanza.



Fácil será advertir que la temática existencialista revoluciona todos los métodos lógicos y formales. Y es más, afirma que el pensamiento existencial no puede ser comunicado. Pese a que el hombre es un animal racional viviente entre individuos, hay cosas que no pueden ser comunicadas.

Tal teoría es de origen griego y pertenece a Gorgias, sofista eminente del siglo V antes de Jesucristo.

En efecto, Gorgias afirmaba que si el ser fuese cognoscible, siempre resultaría que es incomunicable, porque las palabras lejos de producir el conocimiento de las cosas lo presuponen. Ni las cosas pueden estar en sujetos diferentes ni pueden aparecer en todos ellos idénticas; luego, el lenguaje no puede suscitar en las diversas inteligencias una misma representación.

Coinciden los existencialismos ateo y cristiano en estimar que el problema del hombre concreto es el nudo vital de la filosofía. Y asimismo, ambas corrientes definen a éste como un ser libre. El existencialismo ateo con su negación de Dios, le atribuye una libertad sin límites. Cree que el hombre alcanza su verdadera dimensión al renovar su desesperanza y su angustia.

El existencialismo cristiano opone a tal pesimismo su creencia en la razón y en la libertad. La fe en Dios sublimiza la absurdidad del mundo y libra al cristiano de la náusea. Es más, le dota de optimismo y alegría existencial frente a un mundo susceptible de permanente mejoría.

Camus proclama que sólo enfrentamos un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Esto nos lleva a excogitar acerca de si la vida vale o no la pena de ser vivida.

El existencialismo cristiano responde a tal emplazamiento al afirmar que vale la pena vivirla.

Mientras el existencialista ateo trata de apurar su paso por la tierra sin esperanzas, pero libre, apelando a todas sus reservas vitales, el cristiano confiere a la vida una significación que se sobrepone a la crisis. El mundo no es entonces tan nauseabundo ni carente de sentido.

Sin embargo, será preciso repetir que todas las tendencias existencialistas concuerdan en señalar al hombre su responsabilidad como individuo, a la vez que alzan su protesta contra la filosofía especulativa.

Angustia y esperanza se entrelazan en la temática existencialista, alimentándose una de la otra. Representan, en consecuencia, factores vitales ambivalentes de la existencia humana, tremendamente contradictoria.